

"El Domador de Pulgas"

"El Domador de Pulgas", la última obra de Max Jiménez ha causado una extraña sorpresa en nuestro mundo literario; y es porque nuestros intelectuales la han juzgado de una manera intelectual, estrictamente intelectual. Era el criterio justo, pero no el criterio acertado. De "literatura", en el sentido exacto de la palabra, hay bien poco en ella. "El Domador de Pulgas" es obra de una personalidad, de un temperamento.

Para mí, la evolución literaria de Max Jiménez tiene una claridad diamantina: "Gleba", su primer libro de versos, revela al pintor que transporta de una manera casi directa — ¿cómo no pensar en Gautier? — la sensación objetiva del paisaje a la forma poética; su primer contacto con el mundo literario, es un contacto casi objetivo, apenas sí lo baña un tenue lirismo, necesario a toda forma genuina de poesía. "Sonaja" es un libro de transición que nos lleva del objetivismo inicial de "Gleba" al subjetivismo lírico — íntimamente captado y expuesto — que encuentra su plenitud en "Quijongo". "Gleba" es, sobre todo, una obra descriptiva; "Quijongo" tiene ya mucho de explosión lírica. Dentro del modernismo de Max Jiménez podríamos decir que es su obra "romántica". La curva ascendente es clara: representa el descubrimiento de una tonalidad poética interior, lírica, románticamente subjetivizada. Primero se delinea la visión de un paisaje; luego, esa misma visión es aprisionada, sutilmente aprisionada, por la nerviosa vibración poética de todos sus sentidos.

El tema más claro que encontramos en toda la obra de Max Jiménez es éste: la subjetivización lírica del paisaje. Todo el resto es cuestión de estilo, por cierto, no siempre diligida de este asunto básico de inspiración literaria.

"El Domador de Pulgas" representa e inicia una nueva etapa: la del descubrimiento de un temperamento, de una personalidad. Es, ante todo, una obra de "sinceridad" temperamental. Pareciera que Max Jiménez se hubiera cansado ya de hacer "literatura". Y no sólo él; todos — con más o menos voluntad de renunciamiento — nos estamos cansando de hacer "literatura". La nueva inquietud es la de buscar algo más directo, más vital, más espontáneamente personal. Este último afán — que pudiera cerrar la curva ascendente en el desarrollo de la personalidad literaria de Max Jiménez — de poner de relieve una valencia rasamente humana, de "hombre de carne y hueso", como diría Unamuno, un temperamento al desnudo, libre de todo convencionalismo y de toda estilización forzada, es el que se ha cristalizado en "El Domador de Pulgas". A primera vista pareciera lo contrario y no falta quién juzgue que la intención del autor ha sido la de hacer un libro de sorpresas y de extravagancias. Todo lo contrario, "El Domador de Pulgas" es una obra sincera, profundamente sincera; es el desahogo de una tensión de vida y de sátira que se ha ido cristalizando en su autor durante los últimos años. La armazón exterior del libro, el ardid literario de presentar su doctrina con ayuda de la farsa (y eso es en realidad, una farsa un tanto grotesca) del adiestrador de pulgas, que tanto entusiasmara a algunos, es para mí algo secundario.

Se trae a cuento con bastante frecuencia, aquella cita del clásico francés: "El estilo es el hombre". Hoy la sentencia se ha cambiado y comienza a decirse: "La literatura es el hombre". Méritos y aciertos — son muchos, — defectos y equivocaciones — son bastantes, — estilo y lenguaje, todo lo que pueda haber en "El Domador de Pulgas", debe de girar en torno de un sólo criterio posible: es la obra de un temperamento, es "el" libro de Max Jiménez; tomarlo bajo cualquier otro punto de vista, sería un error inmenso.

Esta orientación de juicio, desde luego que es peligrosa; forzosamente ha de imponer a la obra innumerables limitaciones. Pero, en cambio, la da un vigoroso realce vital, una poderosa claridad humana.